

70. La apoteosis

La Iglesia, Madre de Santos, llama el día de su muerte terrenal *dies natalis*, día natalicio, ya que desde la exhalación del último respiro en la tierra, comienza la vida eterna, sin ocaso, en el seno de Dios, premio y corona para el que ha luchado y ganado la buena batalla por Él.

Mientras Gaspar moría en Roma, una monja del convento de las Clarisas de Cori, sobrina del cardenal Sala y penitente del Siervo de Dios, sin saber nada de su partida, *"... se le apareció con roquete y estola rezando salmos junto a sus misioneros, y después subir al cielo en un halo de luz"*. Habló del hecho con sus hermanas, la cuales también ignoras de la muerte de Gaspar, se enteraron del fallecimiento sólo al día siguiente.

Otra monja, mientras rezaba, vio a San Francisco Javier salir al encuentro de Gaspar, cuya figura emanaba una luz fulgurante.

En el seminario de Sezze, un sacerdote, muy amigo de Gaspar, pronto como se enteró de la noticia de su muerte, fue al templo para celebrar una misa de sufragio, pero durante la celebración *"...tuvo en visión el Siervo de Dios, que, manando rayos de luz, subía al cielo"*. Don Antonio Santelli, el primer biógrafo del Santo, así escribe: "Una persona, de la cual resguardamos su identidad, me informó que, algunos días después de la muerte del Siervo de Dios, puesta en oración, pensando en sufragar su alma, se vio elevar en el espíritu y oír una voz que decía: "no necesito sufragios". Incluso sor María Clementina de las Hermanas de la Santísima Trinidad soñó que el Santo subía al Cielo en un halo luz. La condesa Ginnasi, que en el período de prisión de Gaspar tuvo una larga correspondencia con él y lo ayudó muchísimo, recibido a su vez consuelo y guía en la vida espiritual, soñó con la figura sobrenatural del Santo, que ascendía al cielo.

Pero, si el cielo había comenzado su inmortal apoteosis, casi por competencia, también en la tierra siguió con su muerte, y en todas partes, un gran tributo de afecto y de triunfo.

El *"primer gran funeral con copiosa participación de gente, fue celebrado en Roma, estando presente el féretro descubierto, en la iglesia de San Angelo in Pescheria, con la participación de purpurados, obispos, prelados y la nobleza romana"*. Entonces, el

cuerpo fue entregado a Valentini y a Merlini, que lo trasladaron a Albano, donde llegó después de la medianoche.

Depuesto el féretro en la capilla, sus hijos llenos de dolor y en ansiosa espera, quisieron ver por última vez aquel rostro tan familiar y querido para ellos. Sacada la cubierta, fue un agruparse apasionado y devoto de rostros y lágrimas, que en el resplandor de las velas, se inclinaron sobre el cuerpo, el cual, ante el asombro de todos, emanaba un perfume misterioso. Aquel cuerpo aún conserva una frescura sin duda sobrenatural: miembros flexibles, carnes suaves, mejillas sonrosadas.

El día siguiente, año nuevo de 1838, estuvo expuesto en el templo. Así nos dice Luisa Santandrea: *"¡Año Nuevo... Vida Nueva! Una nueva alegría flota en el aire, en torno a ese féretro, puro y fragante como una cesta de flores; año nuevo, primer día de una gloria sin ocaso, porque consumida en Dios"*.

La noticia de la presencia de los restos del Santo, tan conocido y amado, expuestos en la iglesia de San Pablo, corrió rápido por la ciudad y alrededores, y fue una inmediata asistencia de todos los Castelli Romani y de los pueblos más lejanos. Todos ansiaban verlo y tocarlo con pañuelos, rosarios, medallitas y llevarse, en recuerdo, una pieza de sus vestiduras, un mechón de pelo e incluso la coladura de las velas encendidas alrededor del ataúd.

¡Un fulano trato arrancarle un dedo! Por lo que, fue necesario rodear el ataúd con una valla y los misioneros se vieron obligados a permanecer de guardia para contener el flujo de devotos. El 3 de enero, el clero de Albano quiso dar testimonio público del afectuoso respeto al Santo, celebrando un solemne funeral. Pompas fúnebres continuaron en otras iglesias Roma, en todas las Casas de la Misión y, poco a poco, en varios pueblos donde estuvo predicando.

Los restos de Gaspar eran los de un santo y era más que obvio que en San Pablo concurrió una multitud de enfermos, devastados de diversas dolencias. El cuerpo no infundía miedo ni reprobación. Gaspar, como en un sueño sereno, parecía estar sumergido en arcanas visiones: aquel rostro todavía roseo y sereno infundía, en los que lo contemplaban, visiones celestiales, prendidas de esperanza. La boca de los sufrientes se soltaba espontáneamente en sentida oración. Desde aquel cuerpo de inmediato estallaron virtudes taumatúrgicas y ocurrieron los primeros hechos prodigiosos, continuación y

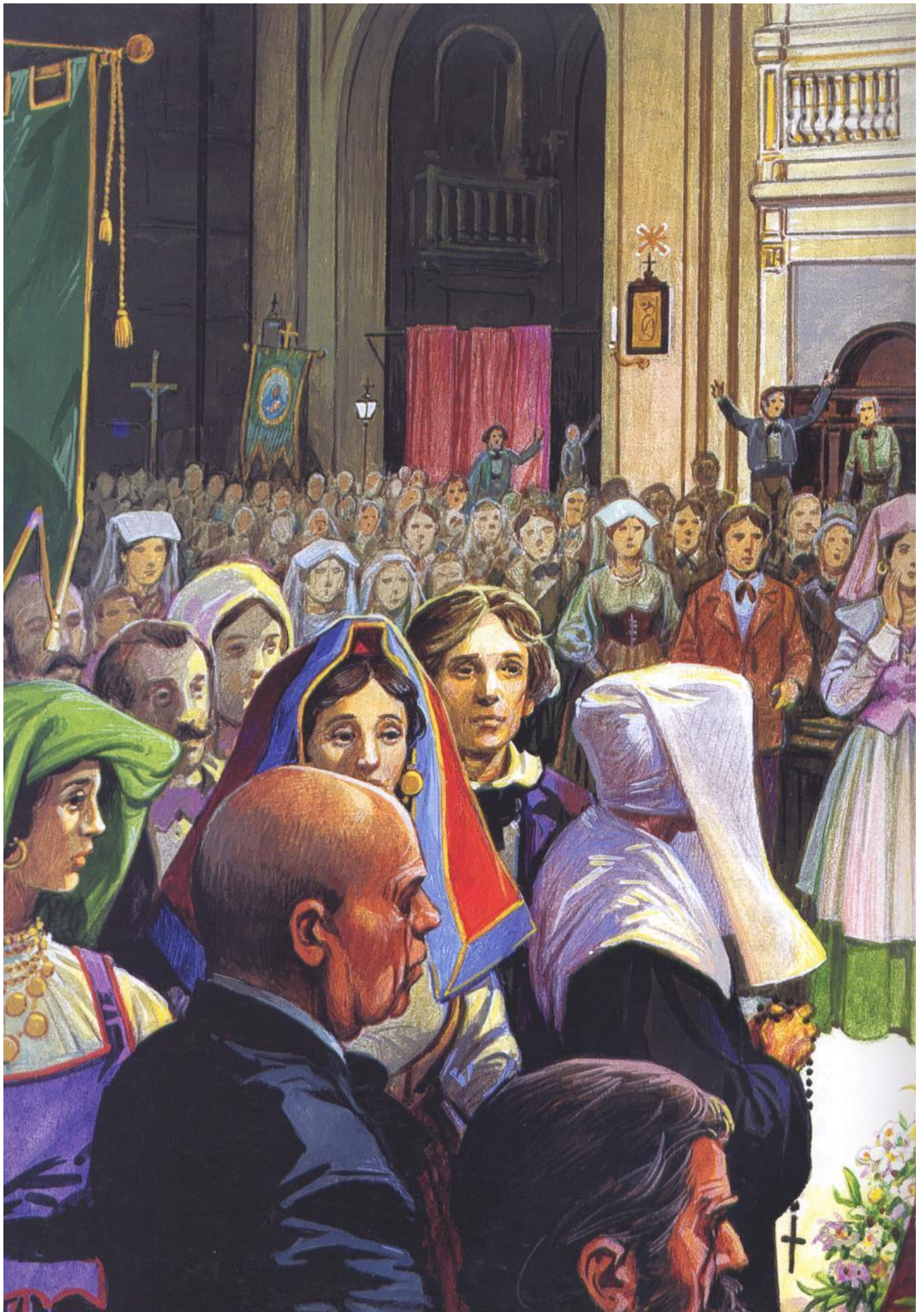
confirmación de los que había hecho durante su vida, y el comienzo de florecidas gracias que nunca tendrían fin.

Raimondo Marazzi de Castelgandolfo, desde un año atormentado de alta fiebres, entró en la iglesia, se postró al lado del féretro y de inmediato quedó liberado. Clementina Brugiaferri acercó a la salma su hijo pequeño que era mudo y encogido, y lo vio huir de sus brazos y correr por la iglesia inmediatamente sanado. Orsola Pietrangeli sana de una mejilla, Orsola Marazzi es liberada por fuertes aquejas de cabeza. Un joven gravísimo por "sífilis celta", entrado solo para curiosarse se sintió impulsado interiormente a arrodillarse y rezar. Volvió a su casa sanado del horrendo mal y cambió vida. El cantero llamado a preparar el entierro, mientras trabajaba, se encomendaba al Santo a fin de que lo librara de los terribles dolores reumáticos, que lo atormentaban desde hace años, y fue escuchado.

Después de siete días a la multitud no cesaba de acudir. Desde el cuerpo, que aún conserva su maravillosa frescura, seguía manando siempre aquel misterioso perfume, por lo que las autoridades eclesiásticas establecieron volverlo a examinar *"en vía oficial y jurídica"*. Estaban presentes el vicario general de la diócesis de Albano, el canciller episcopal, los canónigos de cabildo de la catedral, y como testigos, los padres capuchinos. El Doctor Bussanelli y el cirujano profesor De Angelis realizaron el examen y redactaron el siguiente informe: *"Cadáver encontrado en temperatura fría natural, incorrupto, flexible en su totalidad; la lengua blanda y con saliva, cabellos bien adheridos al cutis, ojos no vidriosos, sino frescos como de una persona viva. Constatado que el cuerpo, no habiendo sido embalsamado, se concluye que tal integra conservación, no es cosa meramente natural"*.

Después de este examen el cuerpo fue encerrado en una sola caja de madera, sellada con los sigilos de la curia y colocada bajo el pavimento, frente el altar de la capilla de San Jerónimo, es decir en la capilla donde hasta el día de hoy se veneran sus reliquias.

Dos años más tarde, el cardenal Giustiniani, obispo de Albano, ordenó una nueva exhumación y el cuerpo fue encontrado todavía intacto. La caja de madera fue encerrada con una de plomo. Cuando las dos cajas se reabrieron en el 1905 para la beatificación, el cuerpo ya no estaba intacto.





Los huesos y las cenizas fueron colocadas en dos urnas: una dejada en Albano y la otra llevada a Roma, en la iglesia de Santa María en Trivio, donde se le dedicó un altar.

La fama de santidad, por Gaspar gozada en vida e inmediatamente después de su tránsito, se divulgó de manera fulmínea por todas partes. Su tumba en Albano fue meta ininterrumpida de peregrinos. *"A veces eran procesiones interminables"*. Merlini afirma haber visto rezar allí cardenales, obispos, prelados, sacerdotes, religiosos y religiosas, hombres ilustres en piedad, dignidad y ciencia. Concurrían desde todos los lugares donde él había estado en vida. La fama se extendió por toda Italia, cruzó los Alpes y los mares, llegó a Francia, Alemania, Suiza y en las lejanas Américas. Se multiplicaban solicitudes de imágenes con reliquia y de oraciones de todo el mundo. Gaspar, por la divina disposición, no permaneció insensible a muchas súplicas, gracias a los verdaderos milagros que *"llovían doquier"*.

Cuenta Pallotti: *"Doña Bárbara de los Príncipes Massimo casada con Ruspoli, después de siete años de matrimonio todavía no tenía descendencia alguna. Le di una pequeña parte de un pañuelo usado por Gaspar. Después de un tiempo me dijo: - Sabe... el Canónigo del Búfalo me ha escuchado - y dio a luz un hijo varón"*.

Don Giovanni Merlini relata un asombroso prodigio ocurrido en 1839, en la persona del conde Lorenzo Soderini en Roma, asechado con graves dolores en la parte inferior de los intestinos. El doctor Satti diagnosticó una *hernia libre*. Si bien aconsejado, quiso visitar las Basílicas de los Santos Apóstoles para las funciones de San José, pero durante el camino los dolores se volvieron atroces y fue devuelto a su casa *"mientras emitía gritos salvajes"*. Llegado el cirujano le practicó una sanguijuela, que luego, empeorando las condiciones del enfermo, se lo practicó dos veces más. El conde, sintiéndose ya morir y perdida toda confianza en los remedios de los médicos, se encomendó al Siervo de Dios Gaspar del búfalo, que bien lo había conocido en vida. Habiendo tenido, su momento por Don Biagio Valentini el solideo usado por él, se lo puso sobre la parte afectada. Sintió pronto disipar cualquier dolor, entrando en un sueño placentero. Durmió toda la noche y la mañana, despertando como si nunca hubiera sufrido, llevó su mano sobre la parte enferma y se encontró sanado perfectamente. La recuperación fue confirmada en los informes de los médicos tratantes.

Merlini relata una vez más otro milagro ocurrido en Nepi. El canónigo Gavino Sassa, llamado el 13 de diciembre de 1838 para llevar el viático a Francesca Tolomeo Mariani de 48 años, la encontró en los extremos tanto que casi no podía confesarla. Estando ya *“fría y perdida toda lucidez, estaba a punto de devolver su alma al Creador”*. Dos personas, Anna Rebeschi y Teresa Paglia, que nutrían una especial devoción al Siervo Dios Gaspar del Búfalo, expusieron su imagen en la cabecera de la enferma y la invitaron a rezar con ellas. Repentinamente la enferma recuperó la conciencia y el vigor, apretó la imagen entre sus manos y se unió a las invocaciones en voz clara y sonora. E día después estaba perfectamente sanada. La sanación completa fue confirmada con un certificado del doctor Vincenzo Silvestroni.

El Párroco de la iglesia de San Nicolás en Puerto de Rimini declaró en julio de 1838, que su parroquiano Mariano Ballerini, de 24 años, afectado por una forma grave de hidropesía, resignado a la sanación por los medicamento recetados, los dejó por completo e invocó la intercesión del Siervo de Dios y pronto se recuperó. También lo confirma un certificado del médico tratante el doctor Felice Lancellotti.

Don Giovanni Francesco Palmucci, el 25 de abril de 1839, escribió desde Ascoli Piceno al Merlini que sor Constanza Vitali, de las Hermanas del Buen Consejo, desde muchos años estaba afectada por horrendas convulsiones, las que, en cada manifestación, la dejaba como muerta. En octubre de 1838, tuvo un ataque más violento, por lo que el médico no poder hacer nada más. Las co-hermanas que habían conocido el Siervo de Dios Gaspar del Búfalo, rodeada la cama de la enferma, invocaron su intercesión. *“¡Milagro!”* - escribe Don Juan. - *“Terminada la oración la hermana abrió los ojos, despertó de su sopor, volvió perfectamente en salud”*. Incluso el profesor que la atendía, al verla, exclamó: *“¡Milagro!”* - y depuesto una declaración jurada de la completa sanación.

En sus declaraciones para la beatificación de Gaspar, el venerable Juan Merlini relata que Agnese Marazza de Castelgandolfo tenía una hija afectada por una verruga del ojo derecho, que cada vez más aumentaba en dureza y el tamaño. Cuando la niña tuvo seis años de edad el tamaño había alcanzado el de una nuez, y dos profesores propusieron el corte. Su madre, antes de someterla a intervención, la llevó a orar en la tumba del Siervo de Dios, acercando la parte enferma sobre la lapide. Con ellas rezaron también algunas amigas que llegaron desde Castello. Entonces, a pie, emprendieron el

viaje de regreso. En el camino la niña preguntó a la madre si había visto al apuesto sacerdote que había tocado la verruga, acariciándola. Agnese pensó que su pequeña había estado viendo doble, pero ella insistió en decir que lo había visto de verdad. El día después la madre y sus amigas tuvieron quedaron asombradas, ya que la verruga había desaparecido.

Ahora escuchamos lo que nos dice el doctor Marcutelli de Sezze Romano, que, el 9 de noviembre de 1839, llegó a la cabecera de sor Electa Margarita De Cesaris del monasterio de Santa Clara, encontrándola muy grave. *"Le prescribí un tratamiento y la dejé la enferma; sin embargo, después de unas horas fui nuevamente llamado, porque el vómito, el dolor en la ingle y al estómago habían aumentado, el pulso apenas sensible y la insensibilidad en las extremidades avanzada... se concibe el grave peligro de muerte"*. En esos terribles momentos las hermanas le aplicaron el hilo de una camisa perteneciente a Gaspar en vida y se pusieron a rezar. *"Al instante cesaron el vómito y el dolor, el pulso recuperó su naturalidad. Había sanado rápidamente"*.

Don Jerónimo Sciamplicotti, párroco de Rocca Di Papa, transcribe con la mayor brevedad y precisión la sanación que obtuvo la señora María Antonia D'Ottavio, su feligresa, por intercesión de Gaspar Del Búfalo. *"Sufría de fuertes dolores de los dientes por lo que tenía la mejilla tan hinchada, que ya no tenía visión en el ojo derecho. La mujer afirmó haber visto, al entrar en iglesia de San Paolo, donde fue rezar ante la tumba de Canónigo del Búfalo, al mismo Siervo de Dios hacerle ademán de acercarse. Llegando al sepulcro él se desvaneció, pero se sintió desaparecer de golpe todo tipo de dolor y se percató que se había ido también la hinchazón"*. El párroco llegó a la conclusión de que *"la mañana la había visto salir enferma y la tarde del mismo día, la vio volver sana"*.

El 18 de marzo de 1839 Cecilia Mariotti de Castelgandolfo, que sufría por una gravísima enfermedad y que *"un doctor la curaba en un modo y otro de manera diferente"*, a la ahora que ya no podía más se dirigió al Siervo de Dios y sanó por completo.

Magdalena Dipietro de Marino, en octubre de 1841, sufría de un terrible hinchazón del cuello, tanto que el médico, viéndolo más y más agrandarse, quería incidirlo en diecisiete puntos. La pobre enferma asustada se negó y se puso una medalla

alrededor del cuello que había tocado el féretro de Gaspar. En pocos días desapareció del todo el mal.

Giacomo Vicini de Marino sufría de ciática, declarada incurable por los todos los médicos. En diciembre de 1838, aplicó sobre la parte afectada el rosario con que había tocado la salma de Gaspar y sanó rápidamente.

El zapatero Stefano Montelli, residente en Roma, en Via della Scrofa, gravísimo por tuberculosis, y siendo vana toda curación que le prestaba el doctor Mattioli, se puso al cuello una medalla que había tocado el cuerpo el Siervo de Dios y sanó en ocho días.

Gaetano Biagioli declaró, por escrito, a don Biago Valentini que, por las reiteradas y continuas hemoptisis, sentía mucho dolor entre las costillas. El 20 de septiembre de 1838 se tragó una reliquia del Canónigo del Búfalo y los dolores cesaron de inmediato, y sanó de todo mal.

En Monte Cerignone, la monja conversa Constantina Rolli, no cuidando de un dolor de estómago, se agravó de manera tal que llegó a desahuciarse. Las monjas invocaron la ayuda del Siervo de Dios, y la enferma sanó esa misma noche.

Don Nicolás Santarelli, misionero, afirma que María Falcietti, de 19 años, presa de una incurable inflamación cerebral (tumor) fue exhortada a dirigirse al Canónigo del Búfalo, del cual tenía una imagen. Se la mantuvo en la cabeza durante toda la noche del 19 de julio de 1838, descansó tranquila y la mañana siguiente despertó completamente sana.

Volvamos a escuchar el Merlini, que nos relata un hecho, verdaderamente extraordinario, acontecido en Albano en 1867 al Señor Agustín Bianchi, durante el cólera.

Los Zuavos pontificios, acompañados por los médicos, pasaban de casa en casa para cargar los cadáveres en el carro, y entraron en la casa de Agustín "ya muerto". Estaba presente la hija de tan sólo tres años, que en el verse llevar su papá, aferró con fuerza la salma gritando: "No está muerto! No está muerto! Denles de comer la estampita de don Gaspar y verán que no está muerto". Los jóvenes se conmovieron e hicieron llegar desde San Pablo un Misionero de la Preciosa Sangre (¿El mismo Merlini?) que logró poner en la boca del "muerto", la reliquia de Gaspar. Agustín comenzó a moverse lentamente, luego abrió los ojos y, como si nada, dijo: "Llegué a las puertas de la eternidad, y nadie

quiso abrirme". Se levantó de inmediato y después de tres días ya estaba de vuelta trabajando en su viña.

En Nepi, donde estaba la Casa de Misión, fue llamado el superior de ese entonces don Giuseppe Alderisio a fin de que acudiese a la cabecera de un hombre, que durante una riña había recibido bien ocho cuchillazos en el abdomen. Le colocó la imagen del Siervo de Dios sobre las heridas y este se quedó dormido profundamente. En pocos días sanó.

Sor María Magdalena de la Trinidad dejó constancia de la sanación milagrosa de su vicaria, sor María Josefina, quien sufría del estómago, incapaz de retener algo. A este mal se le añadió el asma bronquial y más tarde la neumonía, que la redujo en fin de vida. Don Juan Merlini le envió la reliquia del entonces venerable Gaspar del Búfalo, que ella tragó inmediatamente. Después de un triduo de oración la monja sanó.

El siguiente testimonio es el del canónigo don Carlos Lattanzi de Civitalavina: *"En 1839 fui llamado a la cabecera de Pedro Pablo Pochini, afectado por una perniciosa y ya llegado a su fin de vida. La madre del enfermo me pidió que le aplicase la reliquia del canónigo del Búfalo, y el efecto inmediato del contacto fue el despertar de los sentidos. Entonces el paciente mejoró y pasados seis días, salió de la cama completamente restablecido"*.

He aquí dos milagros, uno más maravilloso que el otro, pero de algunas maneras iguales, porque ambos ocurrieron en Francia a dos señoritas, sufrientes de la misma enfermedad.

Francesca, de la noble familia de De Maistre, se había consagrada a Dios entre las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul y cumplía su noviciado en Turín. Fue asechada de pronto por unos terribles espasmos en la pierna, que contraída horrorosamente, la planta del pie pegaba la cadera. Fue llevada a Niza, donde su familia, para ser curada. Después de seis meses de tratamientos fútiles, los médicos decidieron la amputación del arto. Tuvieron que esperar, ya que el estado de extrema debilidad de la joven se lo impedía. Al pasar los días el mal se propagó a otras partes del cuerpo y la pobre enferma ya no podía retener los alimentos ni dormir de día y de noche. Francesca tenía una amiga muy querida, Natalia Kolmar, de nacionalidad rusa, que le hacía compañía y la reconfortaba. En repetidas ocasiones Natalia le había sugerido implorar la

intercesión del venerable Del Búfalo, de quién tanto se comentaban de sus milagros obrados doquier. ¡Francesca se consideró indigna!

Natalia no se dio por vencida y el 7 de octubre de 1842 le aplicó en la pierna la imagen de Gaspar y le hizo tragar su reliquia. Arrodillada al lado de la cama, invitó a Francesca a recitar con ella las oraciones de los Siete Ofrecimientos de la Preciosa Sangre de Jesús. Habían recién terminado cuando de pronto Natalia le dijo a su amiga: *"Ahora, con toda la fe tienes y con convicción, intenta moverte"*. Francesca obedeció, continuando a orar. La pierna se estiró con facilidad y no sintiendo ya dolor alguno la enferma saltó de la cama, se arrodilló y lloró intensamente. Juntas oraron dando gracias a Dios por la bondad del Apóstol de la Preciosa Sangre.

El otro episodio se narra en un libro de George Schouvanoff de Petersburgo, perteneciente a una de las familias más aristocráticas de Rusia de aquel tiempo, inserto en Corte de Alejandro I. Por desgracia, había quedado viudo de una muy dulce mujer de religión católica, mientras que él era ortodoxo. La difunta también le había dejado una hija paralizada.

George Schouvanoff se trasladó a Francia, donde también estaba su madre, quién estando en Niza, había oído hablar del gran milagro obrado por Gaspar a favor de Francesca De Maistre. De inmediato la señora informó a su hijo, el cual ya había comenzado las prácticas para cambiarse a la Iglesia Católica. Consiguió con su madre las oraciones de los Siete Ofrecimientos y la reliquia Gaspar el 5 de enero, justo un día antes acto de fe católico. Esa noche, recibió también la visita de su amigo el Príncipe Galitzin, un ferviente católico.

En su libro, confiesa que se consideraba indigno de invocar del Señor una gracia de orden temporal, en cuanto a la sanación de su querida niña, justo en las vísperas del gran día, cuando el Espíritu Divino le otorgaría la gracia incomparable de la conversión. Sin embargo, por insistencia su amigo, comenzó el rezo de los Siete Ofrecimientos juntos a él y a su hija.

La mañana siguiente, terminada bien temprano la ceremonia del bautismo, regresó al hogar donde su hija, sin nada contarle de lo que había ocurrido en la iglesia, queriendo evitarle excesiva emoción. Tomó la reliquia y se la mostró a la hija, y le dijo: *"Tú conoces, hija mía, el milagro de Niza; ¿Seremos dignos? Recemos y, si nuestras oraciones no te*

serán de provecho para el cuerpo, sin duda serán provechosas para nuestras almas". Puso la imagen con la reliquia sobre el cuerpo enfermo de la joven y juntos empezaron a recitar los Siete Ofrecimientos en voz alta. En el relato, él mismo dice: "Tú sabes, Señor, que yo rezaba con fe, pero estaba muy lejos del esperarme la gracia extraordinaria e instantánea que tu bondad me había reservado". Y continúa: "A penas terminada el rezo, vi mi hija doblar la rodilla - ¿Qué haces? - Le pregunté. Ella llorando ininterrumpidamente exclamó: - ¡Papá, he sanado! - Y se precipitó entre mis brazos. Yo lloré con ella... No es fácil de expresar lo que estaba pasando en mi corazón... ¡Tu solo lo sabes, Dios mío, Amor mío, Vida mía!"

George Schouvanoff, años después, habiendo acomodado a su hija, se fue a Turín, donde ingresó con los padres Barnabitas, con el nombre de Agustín y escribió un libro, hoy no disponible en las librerías: "*mi conversión y mi vocación*", en el que casi nos hace sentir las mismas emociones de las "*Confesiones*" de San Agustín de Hipona.

Después de haber leído innumerables episodios admirables, el lector, ignaro de la minuciosidad de la Iglesia en la declaración sobrenatural de un evento, que a simple vista resulte ser prodigioso, dirá: "hasta hay de sobra para proclamar beato y santo a Gaspar Del Búfalo". Sin embargo, examinados todos, ninguno de ellos fue considerado suficientemente válido, ¡por falta de documentación científica! De todo modo, los acontecimientos narrados y muchos otros testimonios movieron a la Iglesia a instituir en forma oficial, en distintas diócesis, el proceso informativo sobre la fama de santidad, sobre las virtudes y milagros por él operados. Uno de ellos fue instituido en Albano, uno en Ancona, otro en Roma. Pasaron largos años y finalmente el 19 de marzo de 1891, León XIII, con su decreto, reconoció las virtudes heroicas de nuestro Santo.

¿Cuáles fueron los dos milagros aprobados para su beatificación?

El primero ocurrió en 1838, justo un año después de la muerte de Gaspar, y nos lo cuenta en los más mínimos detalles el venerable Merlini.

Octavio Lo Stocco de Lenola, una pequeña ciudad donde el Santo había ido más veces a predicar, desde la infancia, había sido asechado por de enfermedades de varios tipos, por lo que se desarrolló físicamente en condiciones generales muy delicadas y con graves dificultades respiratorias. De Familia muy pobre, se vio obligado a ganarse la vida

haciendo el pastor, y en la rudeza y la ignorancia creyó mejor en dedicarse al trago y al cigarrillo para olvidar los problemas de la vida.

Tenía apenas 22 años de edad y sufría de una grave enfermedad pulmonar. Sin embargo, logró superarla y alcanzó a casarse, siguiendo, por necesidad, haciendo la vida de pastor, quedando expuesto a las intemperies e inevitables recaídas. De hecho en febrero, mientras estaba en las montañas con el rebaño, por el gran frío, repentinamente sintió dolor en todo el cuerpo. Por lo que fue llevado al pueblo donde el doctor Terella intentó curarlo de la mejor manera y con éxito. Observando estricto reposo, superó también un grave ataque de pleuresía. Regresó después de 10 días a pastar el rebaño, pero fue atacado por los dolores *"más fuertes y violentos"*. Esta vez el médico fue explícito: estaba en peligro de vida. A los dolores se sumó una fiebre alta, la imposibilidad para respirar y una tos seca y persistente. En tales condiciones el vómito era seguido y de la boca salían, mezclados con sangre, *"pequeños pedazos de pulmón"*. En esas condiciones, el pobre pasó dos largos meses, durante los cuales se había considerablemente hinchado por todo el cuerpo y fue tomado por una imparable disentería. La familia, con grandes sacrificios, juntó la suma necesaria para una consulta por el entonces famoso tisiólogo el profesor Francisco Antonio Notarianni, quien sentenció una tuberculosis fulminante, con inminente peligro de vida, sin salida alguna.

Una tía de Octavio, cuando se enteró de su estado de gravedad, para su sanación le sugirió invocar la intercesión del Canónigo Del Búfalo, que además el mismo enfermo había conocido. Sólo él podía ayudarlo ahora que se había perdido toda esperanza. Toda la familia acudió a su cabecera, arrodillada en oración, mientras él tragaba unas cuantas hebras de tela utilizadas por Gaspar. Durante la noche, cosa inusual, el enfermo cayó en un sueño profundo y pacífico y la mañana siguiente despertó sanado. Después de varios años Octavio Lo Stocco fue meticulosamente revisado por los médicos más célebres de la época, los cuales lo encontraron excelente estado de salud. ¡Del terrible mal ni siquiera un lábil rastro!

No menos sorprendente es el segundo milagro aprobado para la beatificación, ocurrido en 1861 en la persona de Clementina Masini de Albano.



Era el año 1858 y la mujer fue asechada por *"peritonitis exudativa crónica, luego aguda con acumulación purulenta del peritoneo mismo, en forma de quiste con perforación de la pared abdominal y del intestino"*. La pobre mujer soportó dolores atroces durante tres años; después, a causa del insoportable hedor que emanaba del cuerpo mutilado, fue alejada de la casa por su marido.

Así atestiguó la misma Clementina: *"alejada de mi marido, con la ayuda de mi madre, me fui a su casa, la cual no está tan lejos de Iglesia de San Pablo, donde me hice acompañar a apenas, para invocar la ayuda del venerable don Gaspar Del Búfalo. A honor de la verdad debo decir que, estando yo agachada, tocando con mi cuerpo la lápida del sepulcro, no sentía dolor alguno. Debo aquí decir que, cuando estando en la cama me ponía en la misma posición, sentía mucho dolor"*.

"En la noche del 21 de enero, mientras yacía en la cama, entre pestañeos, se me apareció el Canónigo Del Búfalo. Estando yo casi sentada en la cama con detrás las almohadas, teniendo el pequeño lucero de la lata encendido, sentí de repente sacudir la cama y con una poca aprensión por el temor, vi a los pies de la cama un sacerdote vestido de sotana, con el solideo en la cabeza, crucifijo delante en el pecho y en la mano el báculo que suelen llevar los misioneros, cuando van a predicar; cual sacerdote, reconocí con ternura ser el venerable Cnaónigo Del Búfalo, que años antes había visto expuesto muerto en San Pablo. Oré con estas palabras: - Santo abogado mio, hazme esta gracia, ¡ya que todos me azquean tanto que estoy necesitada de irme a tirar a un barranco! - Él me respondió: - «Anda, mujer, no tengas miedo, que mañana por la mañana te despertarás y no tendrás nada más -. Y al instante levantó el báculo y me tocó en la parte de mi cuerpo donde estaba la llaga del tumor y se desapareció. Comencé a rezar unos PadreNuestro y AveMaría y después me quedé dormida. Me desperté la mañana siguiente sanada del mal".

Clementina volvió a sus trabajos de los campos y de lavandería, gozando siempre de optima salud.

Después del examen riguroso de estos dos milagros, el Sumo Pontífice Pío X, el 29 de agosto de 1904, decretó la solemne beatificación de Gaspar y él mismo lo veneró en la Basílica de San Pedro, en el brillante esplendor de la gloria del Bernini,

pronunciando por primera vez, y en forma oficial y solemne la invocación: *¡Ruega por nosotros, Beato Gaspar!*

* * *

Después de la beatificación era más que comprensible la ansiedad de los hijos y devotos del Beato ver de inmediato la glorificación definitiva en la tierra con la canonización. Pero no fue hasta medio siglo, dentro del cual se colocaron las dos terribles guerras "*mundiales*".

Los milagros aprobados por la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, después del solito rígido examen, ocurrieron uno en Campoli Appennino y el otro en Sezze Romano.

Quien conoce la vida del Santo sabe lo mucho que amaba Campoli, donde había estado varias veces a predicar ya había obrado muchos milagros en vida. Los ciudadanos agradecidos a Gaspar, celebraban su fiesta, y la siguen celebrando hasta el día de hoy con gran solemnidad el primer fin de semana de septiembre, llevando la estatua en procesión junto a la estatua de la Virgen Dolorosa, por las calles del pueblo ricamente adornadas, acompañadas por el sonido de bandas, fuegos artificiales, pero sobre todo por la gran multitud devota.

En mayo de 1929 un joven de 20 años, Francisco Campagna, desde hace día estaba en cama, muy grave, asechado por bronconeumonía y meningitis aguda. Durante los delirios, causados por la fiebre alta, si no hubiera sido firmemente detenido, se hubiera lanzado desde el balcón. Los médicos hicieron lo imposible por salvarlo, pero todo esfuerzo fue en vano; por lo que prepararon la familia para lo peor.

Por los inescrutables designios de la Providencia desconocido para nosotros, el enfermo tuvo la suerte de vivir en una calle, donde solitamente pasaba la procesión en honor del Beato Gaspar. Al su pasar, liberandose de los brazos de su madre, que temía cualquier acto insano, corrió hacia el balcón y comenzó a gritar: - *¡Gracia, gracia, Beato Gaspar!*



Al grito implorante se sumaron las voces de sus parientes desde la habitación y así las voces de todo el pueblo en la calle. Regresado a la cama entró en un sueño tranquilo y profundo. Después de muchas horas se despertó sereno y le dijo a la madre sentirse bien y tener un gran apetito. Por la maravillosa noticia, rápidamente resabida, acudió también el médico y, después de un minucioso examen de control, declaró que se había perfectamente sanado.

El segundo milagro ocurrió en enero de 1934. La señora Orsola Pontecorvi, grande devota del Santo y hermana de don Ciro Pontecorvi, Misionero de la Preciosa Sangre, más tarde arzobispo de Urbino, tenía dos hijos sacerdotes, de los cuales uno Misionero, y dos hijas Adoratrices de la Sangre de Cristo. Gozaba de óptima salud, cuando se le diagnosticó un tumor maligno de los intestinos, como se evidenció en las radiografías realizadas en el hospital de Latina.

Llegado el mal en una fase avanzada, no podía ser operada. El primario se sintió en deber de advertir a los familiares del final inminente. Tuvo ella misma la certeza por lo que se entregó en los brazos de Gaspar. *"¿No nos has quedado más que tu, querido Beato!"* - Decía -. Regresada a su casa, las dos hijas monjas le hicieron ingerir la reliquia del Beato y no cesaron de invocarlo junto con su madre. En pocos días, la enferma permaneció muda y paralizada.

Una noche, como ella misma declaró, vio claramente a un sacerdote, que creyó ser su hijo don Francesco; pero aquel sacerdote, rodeado de luz, dijo: *"No soy don Francisco, sino Gaspar Del Búfalo"*. Orsola rompió en lágrimas y le suplicó: *"hazme sanar, concédeme la gracia"*. El Beato le tocó la frente y le dijo: *"Vamos, pronto serás sanada"*. Y así fue. Llevada nuevamente al hospital de Latina y repetidas las radiografías, resultó que el tumor había desaparecido completamente.

El 12 de junio de 1954, en la solemne ceremonia de Canonización de S. Gaspar, celebrada por el Papa Pío XII en Piazza S. Pedro estaban presentes, llenos de alegría y con lágrimas de gratitud, también Francisco Campagna y Orsola Pontecorvi, que hoy están con él en el cielo.